

SANTA ANGELA DE LA CRUZ

Infancia y juventud

Ángela Guerrero González, Sor Ángela de la Cruz, Madre de los pobres nació en Sevilla el 30 de enero de 1846. Hija de padres honrados y pobres.

Su padre José Guerrero había venido a Sevilla, de Grazalema, pueblo de la serranía de Ronda, entre aquellas hondadas de emigrantes a las grandes ciudades en busca de mejor colocación, que suelen acompañar al desarrollo de la civilización industrial.

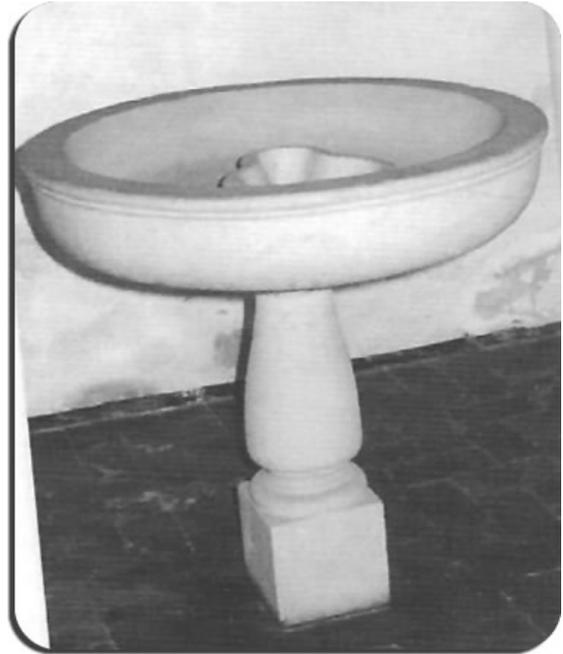


Casa natal de Sor Ángela

Casado en Sevilla con la joven Josefa González, cuyos padres eran procedentes de Sevilla (Arahal y Zafra). Los dos esposos llegaron a tener hasta catorce hijos, de los cuales solo seis, tres hijos y tres hijas, sobrevivieron hasta edad adulta. Ambos trabajaban para el convento de los Padres Trinitarios, poco distante de la calle Santa Lucía, 13 donde ellos tenían su casa cuando nació Angelita. El padre hacía de cocinero y la madre lavaba, cosía y planchaba la ropa de los frailes. La niña fue bautizada en la parroquia de Santa Lucía, el 2 de febrero con el nombre de María de los Ángeles, pero para los que la conocen será siempre Angelita.

El padre, hombre aficionado a la lectura de libros piadosos, se hizo querer y respetar de sus hijos. En el barrio tenía buena estimación. Llevará consigo a la niña, aún pequeña, a los rosarios de la aurora. La madre bondadosa, vivaracha, imaginativa, como buena sevillana, trabajadora y limpia, tenía a su cuidado un altar de la parroquia, lo cual facilitará a la niña Angelita entrar con frecuencia en la iglesia y postrarse a

los pies de la Virgen de la Salud, donde la encontraban de niña rezando de rodillas.



Pila bautismal donde se bautizo

En su casa aprendió los buenos ejemplos de piedad, pero también el celo de su madre, que cuidaba con sus pocos recursos que fueren bautizados cuanto antes los niños pobres del barrio, haciendo de madrina de muchos. En una habitación de la casa ponía un altar a la Virgen en el mes de mayo, y allí se rezaba el rosario y se obsequiaba particularmente al Virgen.

Su padre murió pronto. Sin embargo la madre llegara a ver la obra de su hija, y las Hermanitas de la Cruz la llamaran con el dulce nombre de "la abuelita" y quedaran admiradas de las muchas virtudes que florecían en el jardín de su alma. Ella supo trasplantarlas al jardín del alma de su hija Ángela. Se dice que un día, siendo aun muy pequeña, desapareció y todos la buscaron. Todos menos su madre que enseguida adivinó donde estaba: en la iglesia. Allí la encontraron rezando y recorriendo los altares. Ya mayor dirá: "Yo, todo el tiempo que podía, lo pasaba en la iglesia, echándome bendiciones de altar como hacen las chiquillas".

Angelita fue siempre bajita, vivaz y expresiva. A los ocho años hizo su primera comunión. A los nueve fue confirmada. asistiendo pocos años a la escuela, como era habitual por aquel entonces entre las niñas pertenecientes a su clase social, aprendió los elementos de

gramática, cuentas, leer y escribir lo suficiente para comunicarse. Ángela, que crecía en un piadoso ambiente familiar, pronto daría cumplidas pruebas de bondad natural. Ya de joven, nadie osaba hablar mal o pronunciar blasfemias en su presencia. Si hablaban algo menos puro, al verla llegar, decían, cambiando de conversación: "Callad, que viene Angelita".

Llegada a la edad de poder trabajar sus padres la colocaron como aprendiz en un taller de zapatería desde los 12 años para contribuir a la economía familiar, allí permaneció hasta los 29 de forma casi ininterrumpida, con todas las garantías



para que en el mundo del trabajo no perdiera su inocencia y virtud cristiana. La maestra de taller doña Antonia Maldonado, era dirigida espiritual del canónigo don José Torres Padilla, que tenía en Sevilla fama de preparar santos, le llamaban "el santero" por el tipo de personas que con él se confesaban y dirigían. Con él pondrá en contacto doña Antonia a la ferviente discípula Angelita Guerrero. Allí se organizaba el rezo del rosario entre las empleadas diariamente y se leían las vidas de santos.

Cuando Angelita conoció al Padre Torres Padilla tenía 16 años. Tres años después pedirá su entrada como lega en el convento de las Carmelitas Descalzas del barrio de Santa Cruz. No la consideraron con la salud y energías físicas suficientes para los trabajos de lega y no la admitieron en el convento.

De 1862 a 1865, Ángela, que asombra por sus virtudes a cuantos la conocen, reparte su jornada entre su casa, el taller, las iglesias donde reza y los hogares pobres que visita. Por aquel tiempo se declaró la epidemia de cólera en Sevilla y Angelita tuvo ocasión, bajo la dirección del Padre Torres, de emplearse con generosa entrega la servicio de los pobres enfermos hacinados en los corrales de

vecindad, las victimas más propicias de esa enfermedad. Ángela se multiplica para poder ayudar a estos hombres, mujeres y niños castigados tan duramente por la miseria. Y en ese mismo año pone en conocimiento de su confesor, el padre Torres, su voluntad de "meterse a monja".

Vocación



Padre Torres

Sus deseos de vivir sólo para Dios y para el servicio, en una consagración total de su persona en la vida religiosa aumentaban. Bajo el consejo del Padre Torres intentó hacer el postulado en el hospital de las Hijas de la Caridad de Sevilla. Lo comenzó en el año 1868. Y, aunque su salud era precaria, las religiosas hicieron esfuerzos por conservarla, procurando enviarla a Cuenca y a Valencia para ver si se fortalecía.

Siendo novicia, tuvieron que enviarla a Sevilla para probar de nuevo con sus aires natales; pero todo fue inútil, sus vómitos frecuentes no le permitían retener la comida. Tuvo que salir del noviciado. Y, lo más doloroso para ella es que todo esto sucedía cuando su director, el Padre Torres, se encontraba en Roma, como consultor teólogo del Concilio Vaticano I.

En su casa la acogieron de nuevo con gran cariño, y en poco tiempo el señor permitió que recobrar su salud. También volvió al taller de zapatería.

Regresó pronto el Padre Torres, al tener que suspenderse el Concilio en 1870. también él la acogió con todo cariño y continuo guiándola por los caminos difíciles por los que dios quería

conducirla. Ambos preveían que Dios la quería para algo que no adivinaban aún.

El 1 de noviembre de 1871 Angelita prometió en un acto privado, a los pies de Cristo en la Cruz, vivir conforme a los consejos evangélicos.

En 1873 tendrá la visión fundamental que le definirá su carisma en la Iglesia: subir a la Cruz, frente a Jesús, del modo más semejante posible a una criatura para ofrecerse víctima por la salvación de sus hermanos los pobres. Bajo la guía y mano firme de su director espiritual, irá recibiendo de Dios los caracteres específicos del Instituto que Dios deseaba por su medio inaugurar en la Iglesia:

La Compañía de las Hermanas de la Cruz.

Ella siguió trabajando en el taller como "zapaterita", a la vez que, por encargo de su padre espiritual, dedicaba su tiempo libre a recoger las luces que Dios le daba sobre su vocación y futuro Instituto, hasta que recibió la orden de dejar el taller y dedicar todo su tiempo a la fundación.



Habitación donde nació Sor Ángela

Carisma

Viendo que no podía ser monja en el convento, se dijo a sí misma: "Seré monja en el mundo" e hizo los Votos religiosos. Un billete de 1º de noviembre de 1871 nos revela que "María de los Ángeles Guerrero, a los pies de Cristo Crucificado" promete vivir conforme a los consejos evangélicos: Ya que le ha fallado ser monja en el convento, será monja fuera. Dos

años más tarde, Ángela pone en manos del doctor Torres Padilla unas reflexiones personales en las que se propone, no vivir siguiendo a Jesús con la cruz de su vida, sino vivir permanentemente clavada en ella junto a Jesús.

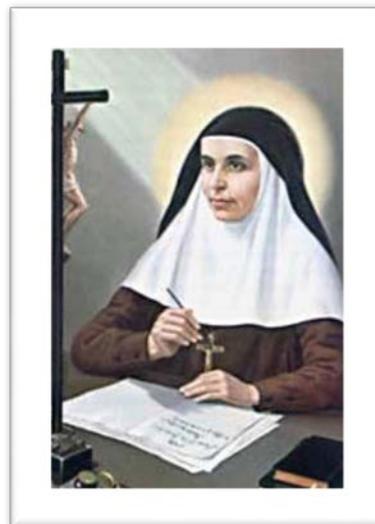
De ahora en adelante se llamará Ángela de la Cruz.

Ángela comienza a afirmarse en una idea que le ha venido con fuerza: ***"hay que hacerse pobre con los pobres"***.

Su alma caminó de claridad en claridad, a través de las pruebas interiores más terribles, apoyada en la clarividencia y firmeza de su director, hasta las cumbres del desposorio espiritual con Cristo. El 22 de marzo de 1873 comienza a descubrir con nitidez su carisma personal de ser ante Dios y la Iglesia Ángela de la Cruz.

Tuvo una visión del Calvario con dos cruces, una frente a la otra y muy cerca. En una estaba Jesús crucificado. Se sintió llamada por Él, en la otra: con unos deseos tan vivos y un ansia tan vehemente y un consuelo tan puro, que no me quedaba duda que era Dios quien me invitaba a subir a la cruz. De ahí en adelante, no volverá atrás en la dirección indicada por esa gracia: la pobreza, el desprendimiento de todo lo terreno a imitación de san Francisco, y la santa humildad, característica más típica, traducida en humillación: Que no haya otro estado tan bajo, tan despreciable, tan humillante, al que yo no pertenezca, y eso hasta después de su muerte.

Había encontrado el tesoro, que se le descubrirá como la voluntad de Dios, de crear un Instituto de víctimas que se quieran unir a Jesús en la Cruz por la salvación de sus hermanos los pobres.



Las luces y gracias recibidas de Dios en ese tiempo, le fueron descubriendo no sólo el espíritu del nuevo Instituto, sino también, con luces y energías espirituales extraordinarias, en la historia de la espiritualidad, los caracteres que convenían a sus casas, a sus capillas, portería, dormitorio y hasta la distribución ordinaria del tiempo en sus comunidades.

Se le descubría la necesidad de rebatir con la vida de estas nuevas religiosas la corrupción de su siglo. Los librepensadores del tiempo piensan en las religiosas como en gente que no quiere trabajar y buscan una vida cómoda; y de las que se dedican a la caridad, no saben sino mandar sin que a ellas les falte nada. La regla de estas religiosas había de demostrar con el ejemplo que por sólo amor de Dios, se abrazan con todo lo contrario.



Subir a la Cruz frente a Jesús

Había de reunir en una sola vida: la penitencia de los Padres del desierto con la caridad de san Vicente de Paul; la contemplación y pobreza de la más oculta religiosa con la vida laboriosa de

quien trabaja para aumentar el socorro de los pobres.

Pensaba en jóvenes, desprendidas de todo lo terreno hasta de ellas mismas, sin nada terreno más que la ropa puesta y ésta de limosna: sin flores ni estampas ni ninguna clase de animalitos, para que en nada pueda apegarse el corazón; ocultas y desconocidas y sin ninguna apariencia que las haga especiales; una comunidad de vida extraordinaria por su penitencia, obediencia y mortificación en todo.

"De oración continua a imitación de los ángeles, que bajan del cielo para aliviar a sus hermanos los hombres sólo cuando Dios se lo manda. Silenciosas por las calles, lo único que debería distinguirlas es la modestia, compostura y dulzura con que habían de tratar a todos". El Instituto ayer y hoy.

En la casa había de reinar un profundo silencio, con sus paredes blancas y toda muy limpia. En el corredor ningún mueble más que de trecho en trecho un cuadro sencillo con la estación del Vía Crucis.

El ajuar basto y limpio. Todo había de ayudar y convidar a la oración, la desprendimiento de todo, sugerir la limpieza de cuerpo y de espíritu, predicar la pobreza con solo su estilo y el seguimiento de Cristo crucificado.

Veía a las Hermanas como ángeles volar con diligencia a la asistencia de los pobres enfermos a domicilio, para evitarles el desconsuelo de verse abandonados, o apartados de la familia, porque no tienen quien se ocupe de ellos.

En invierno de 1873 Ángela formula votos perpetuos fuera del claustro, y por el voto de obediencia queda unida al padre Torres. Pero su mente y su corazón inquietos comienzan a "reinar" en una idea que continuamente le asalta: formar la "Compañía de la Cruz". Obstinada en su empeño el 17 de enero de 1875 comienza a trazar su proyecto, que, como toda obra noble, se verá colmado por el éxito, más ante los ojos de Dios que ante los ojos de los hombres.

Últimos días

A los 85 años de edad, en junio de 1931, se presentaron los primeros síntomas de su última enfermedad.

Tuvo una embolia cerebral gravísima. En julio perdió el habla y, después de nueve meses clavada en la cruz, la muerte le sorprendió con las manos llenas de amor, pero vacías de entregar a los demás su vida hecha dulzura, milagro cotidiano de luz. A las tres menos veinte de la madrugada del día 2 de marzo de 1932, desde su tarima alzó el busto, levantó los brazos hacia el cielo, abrió los ojos, esbozó una dulce sonrisa, suspiró tres veces y se apagó para siempre, cayendo recostada sobre su tarima. Su espíritu ya estaba desde hace tiempo en las manos del señor.

Sus hijas espirituales se han transmitido como testamento sus últimas palabras que habían sido:

"No ser, no querer ser; pisotear el yo, enterrarlo si posible fuera....."

Pero hacía ya tiempo que había escrito para sí misma con toda autenticidad:

La nada calla, la nada no se disgusta , la nada todo lo sufre... la nada no se impone, la nada no manda con autoridad, la nada en fin en la criatura es la humildad práctica

Había vivido particularmente iluminada como maestra en la práctica de la virtud.

Personas de todas las clases sociales rindieron homenaje a la hoy Santa, por privilegio del Gobierno de la Segunda República Española, fue sepultada en la cripta de la Casa Madre en Sevilla. Dos días después el Ayuntamiento republicano de la ciudad de Sevilla, presidido por el alcalde don José González Fernández de Lavandera, decidió por unanimidad que constase en acta el sentimiento de la Corporación por la muerte de la religiosa y decidió se rotulase con su nombre la entonces llamada calle Alcázares, donde estaba y

continúa el convento. Esta decisión tiene gran importancia, si tenemos en cuenta las ideas anticlericales imperantes en la época.



Capilla ardiente de Sor Ángela de la Cruz el 2 de Marzo de 1932 situado en la Casa Madre donde los sevillanos acudieron en masa a llorarla a una mujer que ya en vida fue considerada Santa.

Madre de los Pobres



"En la presencia de Dios, yo pensaba: cada mal tiene su remedio y ya no hace efecto en las criaturas lo que han visto siempre. Se necesita que se levante como un gigante poderoso esta Regla, este

predicador mudo del ejemplo, que pueda decir al mundo: Tú no crees si no que los que se consagran a Dios lo hacen por comodidad o regalo; mira, pues, mis obras, que te dicen lo contrario; y ya no tienes donde apoyar tu murmuración, porque sólo por amor de Dios me abrazo con todo lo que a la carne le hace contradicción; y no te burles, porque me declaro tu enemigo.

Y ya empieza el combate. Mis armas son muy contrarias a las tuyas: **Contra soberbia, humildad; contra avaricia, pobreza; contra sensualidad, pureza; vida de oración y penitencia.** Verás como te venzo y confundo" (Papeles de Conciencia).

"Hay que hacerse pobres con los pobres... Para aconsejar a los pobres que sufran sin quejarse los trabajos de la pobreza, es preciso llevarla, vivirla, ¡qué hermoso sería un instituto que por amor a Dios abrazara la pobreza, para de este modo ganar a los pobres y subirlos hasta El".

El pueblo la proclamó **Madre de los pobres**. El Papa Juan Pablo II, en su visita a España de 1982, en Sevilla, la beatificó. Veinte años después, el pasado 20 de diciembre de 2002, se procedió a la lectura del Decreto de canonización de la Beata sevillana sor Ángela de la Cruz, después de que el Colegio cardenalicio aprobara por unanimidad, el pasado día 5 de noviembre de 2002, el informe de los médicos y teólogos sobre el milagro que abre el camino de su próxima canonización, que tendrá lugar, Dios mediante, durante la visita del Santo Padre a España en los primeros días del mes de mayo de 2003.

Y porque fue pobre, amó a los pobres. Sintió la pobreza en su propia vida y se quiso identificar con el sentido cristiano de la pobreza en su entrega a los desvalidos.

No encontró ella ningún modo mejor que éste de acercarse a sus hermanos: siendo pobre como ellos. Y Dios le dio un corazón tan grande que la hizo madre de los pobres. Este es el gran lema que resume toda su vida.

Buscó al pobre en su casa. Fue a la casa de los enfermos más necesitados para cuidarlos allí, en el calor del propio hogar. Con este fin fundó las Hermanas de la Compañía de la Cruz, dedicadas a la asistencia y socorro de los desheredados de este mundo.

Cuando murió, el 2 de marzo de 1932, Sevilla la señaló como un símbolo. Y la quiso con la gratitud maravillosa de los pobres.

La Iglesia la presentó al ejemplo de este mundo nuestro, tan necesitado de caridad heroica.



Carta Pastoral de Monseñor Amigo Vallejo

Carta pastoral de Mons. Amigo ante la canonización de Sor Ángela de la Cruz



SEVILLA (10-2-03).-

"**DIOS NOS HA TOMADO DE SU CUENTA**"
(Febrero 2003)

Pastoral del Arzobispo de Sevilla en la canonización de la Beata Ángela de la Cruz

Porque en su vida resplandecieron las virtudes evangélicas, la Iglesia quiere poner

a la beata Ángela de la Cruz como modelo de imitación para todos los fieles. Que veneren la memoria de tan ejemplar mujer e invoquen su nombre con devoción y súplica, para que ella interceda en nuestro favor ante el Señor Jesucristo, el Santo entre los Santos.

Junto a la bienaventurada Virgen María, la Iglesia manifiesta especial veneración a los que han seguido fielmente a Jesucristo, y los pone como ejemplo para el pueblo cristiano. Son los Santos. En ellos aprendemos el camino que lleva a la unión con Cristo. Pues la identificación con el Señor manifiesta la bondad de Dios Padre que colmó con la gracia del Espíritu a tan fieles seguidores. "Si vemos cosas extraordinarias en los santos - decía la Beata Ángela de la Cruz - todo es de Dios y a Él solo se le debe glorificar, alabar y bendecir. Porque los santos no toman otra parte en estas cosas que la grande fidelidad con que hacen en todo la voluntad de su amado Señor y por esto son dignos de alabanza; pero esta alabanza no se les da por lo extraordinario que hay en ellos, porque esto es de Dios, sino porque han sido fieles. (...) ¿Y qué más hacen los santos? ¡Ah! , ellos mueren de amor y desean derramar hasta la última gota de su sangre por su dulce Amado; pues bien, yo, a imitación de ellos, quiero morir de amor, quiero derramar mi sangre unida a mi dulce Dueño en el Calvario; quiero ser muy fiel a mi Dios, quiero hacer en todo la voluntad de Dios. Si como, si bebo, si descanso, si trabajo, si pienso, si me muevo, si respiro, todo con la pureza de intención de que todo sea en Dios, por Dios y para Dios y todo para agradarle" (Papeles de conciencia, 366-367).

Como nos recomienda el Concilio Vaticano II, tenemos que venerar a estos "amigos y coherederos de Jesucristo, hermanos también nuestros y eximios bienhechores; rindamos a Dios las debidas gracias por ello, invoquémoslos humildemente y, para impetrar de Dios beneficios por medio de su Hijo Jesucristo, único Redentor y Salvador nuestro, acudamos a sus oraciones, ayuda y auxilios" (Lumen gentium 50). Entre esos santos, y así reconocida por la Iglesia, la beata Ángela de la Cruz.

I - VIDA Y VIRTUDES DE SOR ÁNGELA

Ángela de la Cruz nace y muere en Sevilla.

Hija de una familia pobre y en una ciudad que rezumaba abundancia de grandes valores históricos, culturales, religiosos... Pero, también, con enormes cruces de exclusión social, pobreza, injusticia...

Muy joven que se pone a trabajar en una doble ocupación: un pequeño empleo, para ayudar a su familia; y el cuidado de su vida espiritual, poniéndose bajo la dirección del sacerdote José Torres Padilla.

Como Dios la quería para otros conventos, los deseos de Ángela de formar parte de una comunidad Carmelita o de Hijas de la Caridad no llegan a cumplirse. Ella fundaría una pequeña comunidad que se dedicara a contemplar los misterios de Dios y a servir a los más pobres. Había nacido la Compañía de las Hermanas de la Cruz.

Aprobaciones oficiales, más Hermanas, nuevas casas, y Sor Ángela, pobre en las cosas de este mundo y rica en virtudes evangélicas, se abraza a la cruz de la muerte para vivir definitivamente con el Señor Resucitado. Toda esta vida, tan sencilla y admirable, discurría entre 1846 y 1932.

En 1982, y en Sevilla, se reconocieron sus méritos y virtudes al ser beatificada. Muy pronto será proclamada y propuesta a la Iglesia como Santa.

Virtudes evangélicas

Si en los santos resplandecen las mejores virtudes evangélicas, y todas ellas tan relacionadas que van siempre unidas, sin embargo, en cada persona, y en la trayectoria de su vida, aparecen algunas virtudes que sobresalen e identifican a este santo.

"Pues el alma - escribía Sor Ángela - cuando va saliendo de su ignorancia y en la oración se encuentra con las virtudes practicadas por Nuestro Señor, su Santísima Madre y los santos; cuando conoce su grandeza, su excelencia y lo agradable que es a Dios el que está de ellas adornado, se admira de su belleza, y prendada de su hermosura hace firme resolución de hacerse dueña de todas, cueste lo que costare, y por eso trabaja sin descanso hasta hacerse de las joyas espirituales que son las virtudes" (Papeles...

387). Sobre todo, en la Compañía de las Hermanas de la Cruz habían de sobresalir las virtudes de la perfecta obediencia, grande pobreza, abnegación completa, extremada humildad, amor a la penitencia, grande caridad y amor al trabajo (Papeles... 349).

Con letras bien grandes se había de poner en las paredes de la casa: abnegación, pobreza, penitencia, oración (Cartas al P. Torres Padilla, 442). Virtudes grandes son éstas, pero prestadas en este mundo (Papeles... 391). Sólo en la gloria, y como premio a fidelidad, brillarán en las Hermanas y "formarán su palma por toda la eternidad" (Papeles... 407).

En Sor Ángela de la Cruz brillaron, de forma eminente, la fidelidad constante, la humildad en la grandeza del amor, la alegría en la pobreza y la caridad sin medida.

Fidelidad constante

Se quejaba Sor Ángela, en su intimidad, de la lucha que tenía que llevar entre lo que Dios le pedía y su temor a no ser tan fiel como ella deseaba. Así nos lo cuenta ella misma: "me entró mucha tristeza, nada me alegraba; yo casi lloraba sin poderlo remediar, se me aumentaba el aborrecimiento del mundo y de todo lo terreno. Pero lo que sentí principalmente fue que por un lado conocía muy claro lo que Dios me pide, y por otro mi poca fidelidad en corresponderle; esto me hacía penar en la presencia de Dios, pero penaba de una manera dulce y teniendo un vivo deseo de enmendarme y llegar hasta donde Dios quiere que llegue" (Papeles... 248).

Es propio de la fidelidad este noble sentimiento que nace de un deseo insondable de unión con la voluntad y el querer de Dios. Pues la fidelidad no es una fría constancia en los propósitos, sino un amor que cada día exige mayor identificación con Jesucristo. ¡Qué bien refleja Sor Ángela este sentimiento de la fidelidad!: "Uno de estos días conocía con bastante luz la fidelidad tan grande que Dios me pide y cuánto me falta para ser fiel a Dios, que todo se lo merece. Esto me producía mucha pena por mi poca ligereza en el servicio de mi Dios, yo no debo correr

sino volar, y algunas veces tengo tanta pereza que me quedo quieta y ni aun siquiera ando" (Papeles... 258).

Sor Ángela deseaba ser fiel con todo su corazón a la voluntad de Dios, pero le parecía que ella no era el instrumento adecuado para realizar la obra que se le pedía. Esa obra no era otra que la misma fundación y cuidado de la Compañía de las Hermanas de la Cruz. La Fundadora no se consideraba ni fuerte ni digna, pero ella se mantendría en fidelidad abrazándose a la cruz de Cristo.

Humildad en la grandeza del amor

Sor Ángela lo había oído decir a su director espiritual, don José Torres Padilla: "Si quieres ser bueno, sé obediente y humilde; si quieres ser más bueno, sé más obediente y más humilde; si quieres ser buenísimo, sé obedientísimo y humildísimo".

Nuestra Santa lo diría, en una síntesis admirable, con estas sencillas palabras: "La humildad no tiene fin, es como el mar". Un mar ilimitado de sufrimiento y de resignación interior para encontrar siempre el amor del Señor. No se trata de reconocer o limitar la propia valía, sino de proclamar en todo la grandeza de Dios.

Sólo el pensar en su posible falta de humildad le hacía llorar: "En la tienda, cada día tengo más motivos para llorar en la presencia de Dios mi falta de humildad". (...) Yo clamaba a Dios y a su Santísima Madre pidiendo paciencia, lo sufría por Dios resignada, como podía, porque parecía que no lo estaba; me conformaba con la voluntad de Dios en todo, me hacía la cruz en la frente; en fin, obedecía..." (Papeles... 194).

Como es obvio, Sor Ángela no intentó nunca hacer filosofía moral de la historia, sin embargo hay entre sus escritos algunas páginas, verdadera y atinadamente sorprendentes, sobre el siglo XIX, en las que va haciendo un parangón entre la humildad y la soberbia:

"Mis armas son muy contrarias a las tuyas; pero lo verás cómo te venzo y te confundo. Tus armas son la soberbia, el deseo de ser y

elevarte sobre los demás, que te conozcan y que te alaben; y en fin, te parece que eres superior a todos y si fuera posible mandarías que te adorasen. Pues yo te hago frente con la humildad; una vida oculta, desconocida y de humillación con el conocimiento de mi nada y siempre nada, que me lleva hasta abrazarme con gusto con los desprecios y ponerme bajo los pies de todos, me hace superior a ti; porque en esta humillación está el principio de toda grandeza; porque Dios premia a los humildes concediéndoles abundantes gracias con las que se hacen agradables a sus divinos ojos y los ensalza y los eleva hasta su gloria. Pues mira, mira cuánto subo, mira la ventaja que te llevo, pues llegará el día de mi grandeza y será muy superior a la tuya y parecida a la de los ángeles y nunca se acabará porque será eterna" (Papeles... 253).

A medida que Sor Ángela crecía en humildad, también iba reflexionando sobre el mismo concepto de esa virtud. "Ahora pienso de otro modo, conociendo que la verdadera humildad consiste en el conocimiento de mi nada; conocer que, si tengo algo bueno, es de Dios; y si malo, mío. Y ¿por qué no ser agradecida a Dios cuando nos hace algún beneficio? ¿Por qué privar a nuestra alma de conocer lo que Dios hace con ella, aunque sea una miserable pecadora, para despertar más y más la gratitud y el deseo de serle fiel? Esto no solo no se opone a la humildad, sino que es conveniente; y esto, junto con la obediencia, me hace hablar sin rodeos" (Papeles... 301).

En agosto de 1875, Sor Ángela escribía una de las páginas más hermosas sobre la humildad. La soberbia, dice nuestra Santa, es la hidropesía espiritual que ha causado la vanidad. El remedio: la humildad, que es la contemplación de Dios como lo más admirable y querido. Dios lo es todo. Infinito, perfecto y digno del más grande amor. Humildad con Dios, para con nosotros mismos y para con los prójimos. Pero habría que añadir un cuarto punto de humildad, que no es comprender sino sentir. "No está en la mano de la criatura el poder alcanzar por mucho que se trabaje, sino por un beneficio de su Amado y dulce Dueño y Señor; y tanto no está en su mano, como que ignora la causa sintiendo sus efectos" ¡La humildad no

tiene fin, como el mar! (Apuntes de ejercicios y retiros, 413-414).

Sor Ángela sabe lo que vale esta virtud y desea poseerla, pero se queja de que el amor propio la vence. Así lo escribía en los Apuntes de Ejercicios: No solo se necesita la humildad de entendimiento, sino la humildad de voluntad, que es el amor a la humillación. Pero, "una cosa es amar y desear, y otra practicar; y más esta virtud que es la que más lastima el amor propio (...) Sin humildad o sin poner los medios para conseguirla, no es posible la perfección que deseo" (Apuntes..., 487).

El ejemplo, para tan alta perfección, no podía ser otro que el mismo Jesucristo, que se hizo el último de los hombres. "Hice otra meditación de la humildad. Y estudiando en el ejemplo que nos da Nuestro Señor Jesucristo, que siendo la santidad misma y el justo por excelencia se hace el último de los hombres, abrazando lo más bajo, la abyección, la nada, y yo de qué distinta manera obro.

Y se me pusieron delante las ocasiones de humillación que algunas veces se me han presentado y siempre he desmentido. Lo más que he hecho algunas veces, después que he desmentido y he cometido la falta, entonces me he reconocido, pero siempre huyendo la humillación, no queriendo aparecer culpable, justificándome y disculpándome a más no poder. Qué confusión se experimenta, cuando se ve esta conducta, considerando la humildad del Corazón adorable de Jesús.

También se me hiere mucho el amor propio cuando humillan a la Institución, olvidándome que la humillación debe ser el distintivo de la Compañía y su mayor gloria la debe cifrar en esto; y así lo he conocido yo siempre y ahora parece que no estoy firme en estos principios, cuando tanto huyo de lo más esencial de la Hermana de la Cruz, que es la humillación" (Apuntes... 533).

En cada una de estas palabras se percibe la profundidad del amor de Sor Ángela a su Dios y Señor.

Alegría en la pobreza

El camino de la alegría pasa delante de la casa de la pobreza y del desprendimiento. El vacío de no tener y poseer las cosas de este mundo se llena y rebosa con la alegría, que es el premio al desapropio de todo. Al final, la alegría no es sino el contento de saberse querido y amparado por Dios. "El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres" (Salmo 125).

Sor Ángela llora de contento al ver que sus primeras compañeras viven la "perfecta alegría" de quedarse sin comer por haber dado su tiempo y su alimento a los pobres. Siente una profunda alegría al comprobar el sacrificio de las Hermanas en la ayuda a los moribundos apestados, a los pobres más desvalidos.

¿De dónde viene esa alegría que rezuman los conventos de las Hermanas de la Cruz? Se podrían ir buscando razonamientos y circunstancias, pero nada explicaría la verdadera causa de la alegría, que no es otra que el estar abrazadas a la cruz: "¡Ay, Dios mío!, ¡Qué dulces son las penas llevadas por tu amor! Llevar con alegría todos los trabajos y penas que Dios me mande. Abrazarme con la cruz y llena de gozo venerarla con grande respeto y darle muchas gracias a Dios, que así lo dispone para mi bien y su gloria" (Papeles... 207). "Qué alegría tengo!... Voy a desprenderme de todo para siempre, ya voy a quedar pendiente de la cruz con mis tres votos. ¡Ay, qué santa es la alegría que siento! Está oculta en lo íntimo de mi alma, pero a mí no me ocupa otro pensamiento: toda consagrada a Dios, sin familia, sin nada terreno, únicamente a Dios y a mí Madre María y a mis hermanos los santos. Este mundo será para mí una sombra" (Papeles... 221).

En ese supuesto diálogo con el siglo XIX, del que hablábamos antes, Sor Ángela descubre el secreto de la alegría: "Y en vez de apartar de mí al que padece, como tú haces, porque su presencia ataja el paso a tus deleites, yo le socorro en lo que puedo y estoy dispuesta hasta a sacrificar mi vida por aliviar sus penas y de este modo hacérselas más llevaderas. Si tú supieras la felicidad que

siente y la alegría de que es bañada el alma de quien así lo practica, dirías que tengo razón en decir que soy más dichosa que tú.

Pero son tan abundantes los placeres puros y los gozos santos de los que sirven a Dios, que yo no los puedo decir; pero diré uno para acabarte de confundir, y es el que recibe el alma cuando entra en su pecho su dulce Amado" (Papeles... 255).

El amor de Dios lo llena todo de gozo, supera las penalidades de la vida; inunda el alma de consuelo y de paz. "Ama, y su amor no la deja estar quieta hasta encontrar la vida de la cruz y del sacrificio; y cuando la encuentra, cuando se ofrece a su Dios como víctima para en nada gozar, entonces encuentra en su corazón un lleno que la inunda de un gozo superior a todo gozo. Es porque ha encontrado el modo de imitar a su Amado en las virtudes y en la vida del sacrificio; y por esto siempre se ve contenta a la persona que ama a Dios" (Papeles... 350-351).

Una señal de la exquisita delicadeza de Sor Ángela es la de su comportamiento con las Hermanas: "Procuraré mucha igualdad en el semblante, que aparezca una moderada alegría, con una sonrisa que les pruebe que estoy contenta, a fin de no apurar a las Hermanas. Y tengo que trabajar en esta igualdad" (Apuntes... 507).

Se podía hacer un paralelismo entre el capítulo de la "perfecta alegría" de las florecillas franciscanas y los "recuerdos" de Sor Ángela: siempre resplandece el gozo de poder ofrecer algo a Dios y de servir a los hermanos.

Caridad sin medida

El pensamiento de San Agustín estaba muy presente: "La medida del amor es un amor sin medida". Y sin medida, por incontables, son los actos heroicos de amor fraterno de Sor Ángela. Era el suyo un corazón que se sentía abrasado por el amor de Cristo que colmaba las más santas inquietudes de su vida. "Mi corazón, escribe en sus Papeles de conciencia, se multiplica para ser entero para cada uno de los pobres que se ven

necesitados, y me ocupo de sus penas como mías" (267).

Dios le había dado a Sor Ángela el don de la caridad. Y ella amaba tanto a los que padecían necesidad que no tenía valor para separarse de ellos. "Así lo dispuso tu amor y así me lo inspiras a mí para que, sumamente pobre, retirada del mundo, muerta a la familia y todo lo que no sea Dios, me entregue, desnuda hasta de lo necesario, a la penitencia y a la oración; pero cuando conozca que puedo ser útil al prójimo, nada me detenga, y corra a prestarle aquel alivio que Tú me inspires, volviéndome al retiro a imitación de los ángeles que después de consolarnos, vuelven a su mismo estado de gloria" (Papeles... 210).

La regla y norma de vida estaba muy clara: "unir la penitencia y la oración con el servir a los hermanos. (...) Mi Dios hecho hombre por ellos y derramando hasta la última gota de su sangre, y yo, a imitación suya, aunque nada les pueda dar, tendré el consuelo de llorar con ellos y sentir sus penas" (Papeles... 298).

En la misión de la Compañía de las Hermanas de la Cruz estaría, en primer lugar, la caridad fraterna: "El objeto principal de la Compañía es unir la vida retirada y penitente con el servicio de los prójimos; es unir la vida activa con la pasiva; es imitar en todo a Nuestro Señor, primero en su vida oculta y penitente, en su pobreza y desnudez de todo lo terreno; y segundo en su vida pública haciendo bien a todos y en particular a los enfermos" (Papeles... 329).

La caridad con todos, también en la vida de comunidad de las Hermanas. De una manera particular en la corrección fraterna, que es obligación de la Hermana mayor. Una vez más, resplandece la caridad y delicadeza de Sor Ángela cuando recomienda: "Debe ser muy grande el amor que debe tener a sus Hermanas, mirando en cada una de ellas una víctima ofrecida a su Dios y dispuesta a morir en el Calvario. Un amor tierno y respetuoso la debe animar para corregirlas, sin dejarles pasar ni la cosa más sencilla. Pero esta corrección debe ser muy dulce, y al mismo tiempo que les haga conocer sus defectos, debe estar dispuesta hasta

ponerse a sus pies conociéndose indigna de corregir a una sierva de Dios" (Papeles... 336).

Y si una hermana está pasando por dificultades y tentaciones, la superiora ha de tratarle de tal manera que "sus palabras deben ser gotas de almíbar para endulzar la amargura que se encuentra en la que así es probada" (Papeles... 362).

¿Quién derramó el bálsamo de consuelo en esos corazones, donde no hay más que amargura y peligros? Sor Ángela se hace la pregunta. La respuesta es su propia vida entregada al servicio de los pobres, conforme a la lección que aprendía a diario en la escuela del amor insondable y misericordioso del corazón de Cristo.

Esta ha sido la vida y éstas las virtudes que más resplandecieron en la beata Ángela de la Cruz. Es muy difícil encontrar explicaciones meramente humanas para una vida tan admirable y heroica. La mano de Dios estaba con ella. Y las de Sor Ángela bien asidas a las de su Señor. Dios lo explica todo. Sin Él no hay explicación posible. Y Dios había tomado de su cuenta a su humilde sierva Ángela.

II - "DIOS NOS HA TOMADO DE SU CUENTA"

Cuando Sor Ángela va describiendo cómo ha de ser la casa donde vivan las Hermanas, quedan en penumbra los espacios y las cosas y va apreciándose una misteriosa presencia de Dios en todo. Es la sacramentalidad que hace de los signos más insignificantes un instrumento para el encuentro con el Creador de todas las cosas. Una casa donde reina un profundo silencio, sus paredes blancas, todo muy limpio. En los corredores, las estaciones del Vía Crucis. El dormitorio, que ayude a meditar en la muerte...

San Anselmo le había pedido a Dios "dónde y cómo buscarte, dónde y cómo encontrarte" (Proslogion 1). Sor Ángela sabía muy bien dónde estaba Dios y cuál era el camino para el sublime encuentro por el que aspiraba continuamente su alma. Toda su vida no era sino un deseo de ver la mano providente de Dios en todas las cosas. ¡Tu rostro buscaré,

Señor!, puede decir con el salmo (27,8). ¡Que brille tu rostro y nos salve! (31,17). Pero también siente en muchas ocasiones el amargor de la noche oscura y tiene que suplicar: ¡No me ocultes tu rostro! (27,8) ¿Por qué me lo escondes? (44,25). ¡Haz brillar sobre nosotros tu luz! (4,7). Y el rostro resplandeciente de Dios, humilde y crucificado, aparece en el amor de nuestro Señor Jesucristo.

La experiencia de Dios en Sor Ángela no es la de un encuentro ocasional y de unos momentos de intimidad con el Señor, es ver continuamente la presencia del Creador en todas y cada una de sus acciones. Ella está rebotante del amor divino y donde pone los ojos, los deseos, el dolor..., allí encuentra a su Dios. Metido en las más recónditas honduras de lo humano y trascendiéndolo todo.

Dios es el Padre bondadoso que protege y cuida, sobre todo a los más pobrecillos. En medio de tanto dolor, pobreza y desvalimiento, Sor Ángela recita, una y otra vez, las peticiones del Padrenuestro. Pues muy alto es el concepto que Sor Ángela tiene de Dios. Lo es todo y por Él ha de hacerse todo. Y mirar en todo a Dios. Pero también llega la noche oscura de la tribulación. El consuelo y la luz vendrán de Dios, pues en Él reside la misericordia. El amor divino quema su alma y la llena de ansias del encuentro con el Dios vivo que llega crucificado. El amor de Dios lo contempla vivo y cercano en Cristo. Hablar con Dios, escuchar su palabra y responder con la misma vida, será propósito continuo. Pues solamente escuchando Dios se le puede contemplar en Jesucristo.

Dios se lo pague a Dios

Sor Ángela era la Superiora general. Reelegida una y otra vez con la anuencia de Roma. Pero esa dispensa no se concedió en el Capítulo del verano de 1928. Así lo relata José María Javierre: "Reunido de nuevo el Capítulo, leyó Lorán la orden. Quedaron las Hermanas estupefactas; no concebían semejante cosa. Sólo «madre» conservó la serenidad. Se arrodilló ante el visitador, le besó los pies antes que el sacerdote

reaccionara y le dijo una frase prodigiosa: «Dios se lo pague a Dios», significando que en el episodio veía clarísima la voluntad divina" (o.c. 128).

Dios es el bien, el único bien, el todo bien, como lo había aprendido en la escuela de la espiritualidad franciscana. "Dios mío, mi todo, mi descanso, mi bien, mi fuerza, mi vida, mi gloria, mi única gloria. Esta es la dicha, padre mío, superior a toda dicha, la que nace del conocimiento de Dios y el conocimiento de nuestra nada; pero esta nada profundizada hasta el infinito. Yo no sé si me explicaré, pero así como el pez se encuentra en el mar sin encontrar más que agua, así se encuentra el alma en esta nada sin término. Pero cuánto goza, como que de este mar de su nada y confusión sale purificada para entrar en el mar del amor y unión estrechísima con su Dios, que es un mar de felicidad sin fin; no porque esté libre de padecer, sino porque sólo en penar goza. Pero no, es que la criatura que vive en Dios no vive a nada, ni en las cosas espirituales encuentra consuelo; sólo en su Dios y en su Dios solo. Sólo, sólo Dios y mi Dios solo" (Papeles... 415).

Como Dios es quien puede dar la salud a los enfermos, el que cuida de las Hermanas, todo ha de hacerse por amor de Dios y por Dios sufrir todo lo que cuesta trabajo, en resignación con lo que Él dispone y amarle cuanto le es posible a una criatura. "Dios me pide mucho y yo, si fuera posible le daría más de lo que me pide. (...) Dios mío, que mis miserias me llenan de confusión en tu presencia; pero tú lo sabes que te amo mucho, muchísimo y que muchísimo más te quiero amar" (Papeles... 193).

En alguna ocasión, Sor Ángela piensa que sus pequeñas imperfecciones le alejan de Dios, pero reacciona enseguida manifestando su deseo de estar muy unida a su Señor. "Con esta conformidad de voluntades todo lo veré tan bueno, todo para nuestro bien; y que haya penas o alegrías, trabajos o descanso, nada alterará la paz de mi alma ni me apartará de la unión con Dios" (Apuntes... 490).

Abandonada en las manos de Dios, y no queriendo sino hacer la voluntad divina, se

afana en practicar todas las virtudes, pero no sólo repara en la dificultad, sino que se da cuenta que algo tan sublime e importante tiene que venir necesariamente como un regalo de la bondadosa misericordia de Dios. Habrá, por tanto, que abandonarse y crecer en humildad delante de Dios. "Yo decía: Sólo tú, Dios mío, puedes hacer que el alma llegue a cosa tan alta. Si con tu gracia lo consigo, eres Tú el que has obrado en mí. Y esto producía un agradecimiento tan conmovedor en mí, que me hacía derramar lágrimas al ver la bondad de Dios en una criatura infiel; este agradecimiento, como no era mío, sino de Dios, que me lo daba para que le diera gracias por sus beneficios, no se puede explicar.

Sentí tanto deseo, en agradecimiento a tan señalado beneficio, de serle muy fiel a mi Dios, y no poner óbice a nada de lo que quiera de mí; porque aunque Dios lo hace todo, pero la criatura tiene que poner de su parte para corresponder a los favores de Dios. Entonces me encontré con un deseo de corresponder a Dios con esta rectitud, ni por ser más santa ni tener más virtud, sino por agradecer a Dios y pagarle con lo único que puedo que es con la fidelidad" (Apuntes... 494).

No cabe la menor duda que entre las virtudes más sobresalientes de Sor Ángela estaba la del agradecimiento y la alabanza a Dios, que son fruto de la humildad. Tan grande esta el deseo de reconocer la bondad de Dios, que solamente podría hacerse de una manera: "Que Dios se lo pague a Dios".

No me escondas tu rostro

En medio de un día tan radiante de amor a Dios, también llegaban los momentos de noche oscura. "Por la mañana sentía mucha contradicción, no podía sufrir; me resigné con la voluntad de Dios uniéndome a mi Jesús en el Calvario. Después he tenido muchas angustias, no encuentro a Dios, en la oración he estado peor que otras veces. ¡Dios mío!, haz de mí lo que quieras, pero tengo muchas penas; todas te las ofrezco" (Papeles... 200).

En la palabra Dios y en la obediencia a su director espiritual sentía descanso ante "unos escrúpulos tan grandes que me hacían desmayar. Yo hacía muchos actos de amor de Dios y pedía perdón a Dios y desechaba, conforme con la voluntad de Dios en todo. (...) ¡Ay, Dios mío, y qué incomprensible eras hablando en el interior de las almas! Sin ruido de palabras, Tú dices cosas extraordinarias y haces heridas profundas de amor y haces derramar lágrimas más dulces que la miel" (Papeles... 202, 386).

Si Dios así repartía de los tesoros de su misericordia, ante ello sólo se podía hacer una cosa: corresponder a las gracias recibidas haciéndolo todo, hasta a las acciones más insignificantes, con la más pura intención de agradar a Dios.

El fuego del amor de Dios, que el Espíritu había puesto en su alma, le quemaba de tal manera que sentía una enorme responsabilidad ante tanta gracia como se le había dado. Pensaba en la hora de dar cuenta veía su pobre alma llena de imperfecciones. Pero Dios estaba cerca: "Yo temblaba; pasó pronto, pero en aquel momento me pareció como que no tenía remedio y acudí a los actos de fe, esperanza y caridad y pedí perdón a Dios y me quedé tranquila. (...) Cuántos motivos de temer. Pero yo, amado Jesús mío, me voy corriendo al pie de la cruz y echo mi cabeza sobre tus sagrados pies para que tu sangre preciosa caiga en mi alma y quede blanca como la nieve, y no quiero levantarme de tus pies hasta que pronuncies mi sentencia, que no dudo, porque el Padre me lo asegura, que será favorable" (Papeles... 274).

El hondo sentido de la caridad y de la compasión, que inundaba la vida de Sor Ángela la lleva, incluso, a tener remordimiento de como trata a su pobre alma. "Y ¿cómo me he portado con mi alma? ¡Ah, pobre alma! , Yo le he dado muerte, yo la he privado de las riquezas con que su Dios la dotó, no he tenido compasión de ella y he sido la causa de su ruina. Pero mi Dios, siempre misericordioso, mientras que yo hacía por arrojarla a los infiernos, oraba por ella, velaba por ella, padecía por ella, y moría por ella" (Papeles... 373).

No podía quedar la menor duda: solamente la misericordia de Dios podía llenar de luz la noche oscura de las tribulaciones de Sor Ángela.

Ansias del Dios vivo

Que el corazón de Sor Ángela ardiera en amor a Dios, puede comprobarse en cada momento de su vida. También ha quedado grabado en sus escritos. Pues solamente Dios hace "vivir con su vida, amar con su amor y brillar con su luz" (Papeles... 278).

El hambre de Dios es insaciable. Por su amor se deja todo y el premio es el consuelo en la cruz y en el sacrificio. "Cuando se ofrece a su Dios como víctima para en nada gozar, entonces encuentra en su corazón un lleno que la inunda de un gozo superior a todo gozo. Es porque ha encontrado el modo de imitar a su Amado en las virtudes y en la vida del sacrificio; y por esto siempre se ve contenta a la persona que ama a Dios. De modo que en estas palabras se encierran las virtudes que necesitan estas Hermanas, para poder abrazar la vida que las debe llevar al cumplimiento de las demás. Y son éstas: Creo en Dios. Espero en Dios. Amo a Dios. Fe que las ilumine. Esperanza que las sostenga. Amor que las abrase y generosidad, hasta consumir el sacrificio con la muerte. Amén" (Papeles... 350-351).

El amor de Dios no aleja de los demás. Las Hermanas "aman a sus padres y parientes hasta con ternura, porque la virtud hace los corazones sensibles, y se engañan los que creen que con ésta viene la dureza" (Papeles... 397).

Un deseo incontenible de amor a Dios llenaba su alma y empapaba de caridad todos y cada uno de los instantes de su vida. El deseo se unía a la humildad, y el amor al empeño de servir a los más queridos de Dios. Sor Ángela no puede vivir sin Dios y sin los pobres. "Dios mío, te amo; te adoro con todas las veras de mi corazón y de mi alma. Pero ¿te amo y no soy tan perfecta como Tú quieres? ¿Te amo y no hago más, mucho más, para agradarte? ¿Te amo y soy ingrata a tus beneficios? ¿Te amo y no vuelo a la perfección más elevada? ¿Te amo y no

muero de dolor por haberte ofendido? ¿Te amo y no me consume el celo por tu gloria? ¿Te amo y en vez de arder en esa dulce llama de caridad estoy helada como la nieve y fría como la salamanquesa?

Pues, te amo, Señor, y sin ti no puedo pasar, no puedo vivir. Tú eres la vida de mi vida, el alma de mi alma, la alegría de mis alegrías, el gozo de mi gozo. Tú eres mi todo. Tú eres mi gloria. ¿Cuándo, Dueño mío, me veré libre de todo lo que detiene mi vuelo a tus brazos para no separarme de ti?" (Papeles... 260).

Tengo ansias del Dios vivo. Sor Ángela vive continuamente ese santo deseo y, para saciarlo, ha encontrado el mejor, más puro y más abundante de los manantiales: la identificación con Jesucristo, servidor y amparo de los pobres.

Jesucristo es el Señor

Los santos Padres aconsejan, como ejercicio de piedad, meterse por la herida abierta que la lanza del soldado ha dejado en el costado de Cristo. Que sea la llaga bendita como puerta por la que uno se adentre hasta el mismo corazón del Señor. Contemplar y sentir con Cristo. Dejarse quemar por un fuego tan vivo de amor que la muerte se vuelva esperanza. Mas la belleza de las palabras puede confundir al pensamiento y hacerle creer lo que la razón le niega y llevarle a la nube ficticia de la evasión y del sentimentalismo y cerrar los ojos al mundo de lo real y dejarlos abiertos nada más que para la ilusión espiritualista.

Es el amor de Cristo el único que hace posible creer, con toda la fuerza del alma, lo que desborda nuestro entendimiento. Es otra sabiduría, son otros razonamientos. Es un amor inmenso que todo lo explica, que allana todas las dificultades. Sor Ángela quiere estar así: bebiendo en el manantial de gracia que brota de la redención obrada por Cristo: "La sangre que brota de las llagas del Salvador llega hasta el alma como bálsamo que la conforta y como perfume suave que la recrea, haciéndola perseverar hasta el fin, inundándola de gozo y arrebatándola en amor; amor que la hace salir fuera de sí misma hasta unirse con su Dios, que la

abrasa en el fuego de su amor. Y Dios crucificado por la criatura, y la criatura por su Dios. He aquí esta perfecta unión en que el alma dice con verdad aquello del Apóstol: «Vivo yo, mas ya no soy yo, sino que Dios vive en mí» (Primeros escritos 178).

Con alguno de sus escritos, Sor Ángela de la Cruz podría figurar entre los escritores místicos más destacados de nuestra literatura espiritual. Sirva de ejemplo esta página sobre el corazón de Cristo:

"Qué impresión tan íntima y dulce se siente, al conocer de un golpe ese amor, esa ternura del corazón de nuestro Dios y esa amorosa solicitud de nuestro Padre celestial. Y qué pena, cuando echando una mirada a nosotros mismos, vemos que con nada podremos nunca corresponder a ese Dios, que es todo nuestro y que no mira más que nuestra santificación. Él todo lo sufre, El espera; y con una paciencia infinita oye quejas que desprecian sus beneficios. Y todo lo paga con llamar al alma a solas y descubrirle los secretos de su amor, en orden a su santificación.

Esto, dulcísimo Jesús mío, es lo que has hecho conmigo, yo estaba en tinieblas, nada veía; quería sacudir el peso que me oprimía; quería echar fuera de mí la cruz, siquiera por algunos días.

Y Tú, ni te disgustas ni apartas de mí tu misericordia, sino que me concedes beneficios sobre beneficios. Me das a conocer todo lo que he recibido y a lo que no he correspondido, por lo que mi deuda es grande; y Tú, compadecido de mí, me das ocasiones para poder satisfacer, si no todo, parte; pero que si no acepto voy a aumentar la deuda.

Y sigues dándome a conocer cómo en todo lo que me pasa es tu amor el que obra para mi bien. Si llamo a las puertas de tu corazón abrasado y permanecen cerradas, conozco que es tu amor quien las cierra, porque así lo merezco por mi flojedad y para que aprenda a clamar y a pedir, y que trabaje y no me deje llevar de la pereza.

Si estoy fría, conozco que es tu amor el que me pone tan fría, para que aprenda a amar,

y también para que pague el tiempo que Tú con un amor ardiente me llamabas para prenderlo en mi corazón y yo, distraída con las criaturas y conmigo misma, no acudí a tu llamamiento.

En fin, Dios mío, todo lo merezco y en todo veo tu amor para con mi pobre alma; así es que quiero ser muy agradecida. Y como nada soy, Dueño de mi alma, no encuentro otra cosa para probarte mi agradecimiento que aceptar todo lo que Tú me envíes, así sean los mayores trabajos, penas y contradicciones, como pruebas de tu amor y como castigo merecido a tanta infidelidad, y en expiación de lo mucho que debo" (Apuntes... 523).

Madre Angelita quería vivir abrazada a los pies de Cristo crucificado y tener como escuela de enseñanza el mismo Calvario: "con mi Jesús crucificado pasar las penas y las alegrías; allí aprender y enseñar, y vivir y morir" (Apuntes...462).

En Cristo encontrará el consuelo y la fortaleza. "Pero entonces la fuente casi se ocultaba y aparecía Nuestro Señor Jesucristo crucificado, derramando un torrente de sangre de su divino costado y como diciendo: Yo soy la fortaleza; de mí lo han recibido todo. Yo soy el que las sostiene; por mí perseveran. Yo con mi sangre y mi muerte las he santificado y les he ganado la gloria.

Yo con esto me sentía con más confianza y me arrojaba a los pies de mi Señor pidiéndole hiciera conmigo lo mismo, para con su ayuda llegar a aquella perfección, y le ofrecía una voluntad dispuesta a hacer la suya en todo.

Pero enseguida aparecía Nuestro Señor resplandeciente con la misma luz de la fuente y una corona hermosísima que no era de espinas, pero no sé de lo que era; estaba resplandeciente, pero crucificado. Un alma sola se encontraba al pie de la cruz; estaba en la misma actitud que las de la fuente contemplando a su Dios, y absorta; pero no estaba iluminada. Esto lo vi con mucha claridad, pero pasó con mucha rapidez" (Papeles... 279).

Todo ello exigía una total unión con Cristo, que se entrega como víctima en la cruz, y una profunda humildad, para vivir en lo más escondido el gozo del encuentro con Dios. "Yo sentía en mi interior un llamamiento fuerte a conformar mi vida, en cuanto me fuera posible, con este sacrificio" (Papeles... 303).

Sor Ángela, sin pretenderlo, hizo la profecía de lo que sería su glorificación: "Algunas de estas almas, aunque tan crecidas en santidad, permite Dios que estén ocultas y que nadie tenga conocimiento de ellas guardando su gloria para después de su muerte. Su palabra no puede faltar, y estas almas tienen que ser ensalzadas en este mundo y en el otro para que se cumpla el que se humilla será ensalzado y el que se ensalza será humillado. Estas, que Dios quiere tan ocultas y escondidas, deben dar muchas gracias a su Dios, porque las ha librado de un enemigo terrible, como son las alabanzas con que el mundo saluda a todo el que a su parecer lo cree santo" (Papeles... 377).

Esta será también la gloria de las Hermanas. "Decía yo que hay mucha relación en estas dos cosas: la muerte ignominiosa de Nuestro Señor y la vida de las Hermanitas de la Cruz. Porque así como por esta muerte, su humanidad mereció tanta gloria, una gloria que es sobre toda gloria y su trono está tan cerca al de la Santísima Trinidad; así también, si estas Hermanas no ponen impedimento de su parte y la gracia obra en ellas, y esta Compañía llena los altos fines que Dios se ha propuesto al querer que nazca, tendrá también una gloria envidiable" (Papeles... 408).

Jesús es el fiador de Sor Ángela y de las Hermanas. La identificación con Cristo crucificado será siempre el mejor aval para la santidad.

III - QUE ELLA NOS TOME DE SU CUENTA

"Dios nos ha tomado de su cuenta". Estas palabras de la Beata Ángela de la Cruz serán, al mismo tiempo, una realidad que se veía cumplida en la historia de la naciente Compañía de las Hermanas de la Cruz, y,

también, una profecía que se iba a realizar en la misma Fundadora.

Son muchas lecciones las que podemos aprender en la escuela de la vida de Sor Ángela. Todas ellas de imperecedera actualidad, pues no son sino reflejo del evangelio, de las bienaventuranzas, del mandamiento del Señor de llevar la Cruz y de amar al prójimo.

De una manera particular, quisiera subrayar algunas vivencias y actitudes especialmente significativas en la vida de Sor Ángela y que son, en estos momentos, tareas urgentes que realizar en nuestra vida cristiana:

- Dios, lo primero. Necesitamos una fe profunda y viva. Estar atentos a su Palabra, que es Jesucristo. Escuchar al Espíritu que se nos ha dado y vive nosotros. Esta fidelidad al Espíritu guiaba permanentemente la vida de Sor Ángela.
- Ese vivir "escondidos con Cristo en Dios", no aleja de los hombres, particularmente los más pobres, sino que, al contrario, es fuego que quema las entrañas en deseo de servir.
- Los pobres serán el camino que Dios ha trazado en la vida de Sor Ángela para encontrarse más cerca de su Señor. Los pobres nos evangelizan.
- La elevada contemplación de misterios tan sublimes se traducía en la vida de Sor Ángela en virtudes domésticas y cotidianas de sencillez, alegría, ternura, afabilidad, servicio a los demás... Todo lo había aprendido en el corazón de Cristo.

Dios ha tomado de su cuenta a la humilde Ángela Guerrero González y la ha llevado hasta la glorificación de Santa Ángela de la Cruz.

Nuestra Iglesia de Sevilla bendice a Dios en la santidad de sus hijos. Ángela de la Cruz está entre las figuras más resplandecientes de la historia de nuestra diócesis. Ella brilla por su fidelidad constante a la voluntad de Dios; por la humildad que llenaba de grandeza su incondicional amor a su Señor; por la alegría en la pobreza, que era

glorificación de la bondad del Creador; por la caridad sin medida, en la que Cristo era honrado en los más pobres y desvalidos.

Con las mismas palabras que usaba nuestra ya próxima santa, Sor Ángela, acudiremos a la Santísima Virgen María: "Madre mía, Señora mía, Reina mía, maestra de la mansedumbre y de la humildad; enséñame que yo no deseo otra cosa que aprender de Vos, purísima, limpiísima, hermosísima, blanquísima, bellísima, santísima María; mi esperanza, mi consuelo, mi felicidad, mi dicha..." (Papeles... 312).

Dios la había tomado de su cuenta. Y, ahora, glorificada, le pedimos que sea ella la que también nos tome a nosotros de su cuenta, para que, por su intercesión, el Señor nos conceda la gracia de seguir tan buen ejemplo como el que tenemos en la beata Ángela de la Cruz, y sirvamos con alegría e incansable caridad a nuestros hermanos.

+ Carlos, Arzobispo de Sevilla



Santa Ángela de la Cruz recibirá en la Catedral los primeros homenajes populares

El domingo 4 de mayo, Juan Pablo II en un viaje rápido a Madrid, reconocerá título de Santa a Sor Ángela de Cruz Guerrero, Fundadora de la Compañía de Hermanas de la Cruz.

Monseñor Carlos Amigo Vallejo, Arzobispo de Sevilla, ha dispuesto en la Catedral sevillana un tríduo de acción de gracias para expresión de la alegría popular.

Instalados en la Catedral los restos sagrados de la nueva Santa, recibirán desde el viernes 9 de mayo al domingo 11 tributo de veneración y de amor de los fieles: visitas, oraciones personales y colectivas, encuentros de parroquias, peregrinaciones, etc.

Las celebraciones eucarísticas serán presididas por obispos relacionados con Sevilla. El domingo día 11, el Sr. Arzobispo celebrará Misa estacional. Por la tarde, el cuerpo de la Santa será restituido al sepulcro de su convento.

El Cabildo catedral de Sevilla acoge emocionadamente la decisión del Prelado, y considera un gran honor la realización del tríduo en su Catedral.

Los antiguos constructores de catedrales deseaban conseguir con ellas espacios amplísimos donde prácticamente cupiera la población íntegra de cada ciudad. En el bello cobijo de la Catedral, el pueblo se sentía en casa propia para dirigir al cielo plegarias colectivas; allí buscaba refugio y consuelo en jornadas de pena, allí mostraba su alegría en días de gozo.

La presencia de Santa Ángela de la Cruz en el templo corazón de la archidiócesis, significa el homenaje a nuestra humilde zapaterita que desde la casita de su barrio fue capaz de construir la maravilla de las Hermanas de la Cruz, pobres entregadas al servicio de los pobres, amadas por nuestra

ciudad como joya preciosa al margen de cualquier ideología.

Sevilla, cuyo fino espíritu crítico somete a discusión cualquier acontecimiento, cualquier programa, cualquier iniciativa, ante el nombre Ángela de la Cruz adopta actitudes colectivas de respeto y de cariño.

Nuestra ciudad se siente feliz rindiendo homenaje familiar y colectivo a su amada Angelita, símbolo de renuncia a los intereses humanos, y de entrega, por amor de Jesucristo, al servicio de los más necesitados.

José María Javierre



Las Hermanas de la Cruz

- Las Hermanas de la Compañía de la Cruz
- La continuación de la Obra de Madre Angelita
- Servir a los Pobres exige un buen temple de virtud
- Para tareas grandes, Dios sigue llamando



Las Hermanas de la Compañía de la Cruz



Congregación religiosa fundada en Sevilla el 2 de agosto de 1875 por Sor Ángela de la Cruz. Es de Derecho Pontificio, aprobada por San Pío X en 1904, y su nombre, según aparece en el

registro de Congregaciones, reza así: "Hermanas de la Compañía de la Cruz de Sevilla".

Cuando en 1925 se cumplieron los primeros cincuenta años de la fundación del Instituto Sor Ángela escribió en su "Carta de año" a las Hermanas cuál era su anhelo para este tiempo nuestro: "Y después de los cien años, la (persona) que vea una Hermana de la Cruz pueda decir: Se ve a las primeras, el mismo hábito exterior y el mismo interior; el mismo espíritu de abnegación, el mismo de sacrificio... Son las mismas, la providencia para los pobres; dan de comer al hambriento, visten al desnudo, buscan casa a los peregrinos, visitan a los enfermos, los limpian, los asean, los velan sacrificando su reposo.



Son todas para los pobres, mirándolos no sólo como hermanos, sino como señores, y los acompañan y están con ellos a su lado.....

Alguna vez la opinión de personas sensatas que consideraban excesivo el clima de sacrificio característico de la Compañía de la Cruz hizo temer que el Instituto naufragara a corto plazo. Sor Ángela tranquilizó a las Hermanas: "Eso en vosotras está, si sois fieles al espíritu (la Compañía) durará hasta el fin de los tiempos". Pero no les disimuló la seria advertencia de que, si fallaban, el Instituto "podrá desaparecer como la sal en el agua". Insistía en la fidelidad: "Que cuando celebren el primer centenario, quienes hayan conocido a las presentes y vean a las de ese tiempo puedan decir: Son las mismas, y en las presentes de hoy vive en todo su rigor el espíritu de las primeras".

presente sus pasos a las huellas que ella dejó.

En el capítulo primero de sus Constituciones, que fueron aprobadas también por San Pío X en 1908, se expresa que "El fin especial o distintivo de esta Congregación, es promover con la divina gracia la salvación de las almas entre los pobres, a quienes las Hermanas considerarán y amarán como a sus amos y señores. Por ganar sus almas aplicarán su vida apostólica a la visita diaria de enfermos necesitados a domicilio, asistiéndolos en sus necesidades espirituales y materiales. Y también, a la gratuita y cristiana educación de niñas pobres, en internados de huérfanas y en escuelas diurnas y nocturnas". En otro lugar. "Y con el lenguaje mudo del ejemplo llevando una vida voluntariamente pobre y austera, en la realización de sus apostolados de caridad".

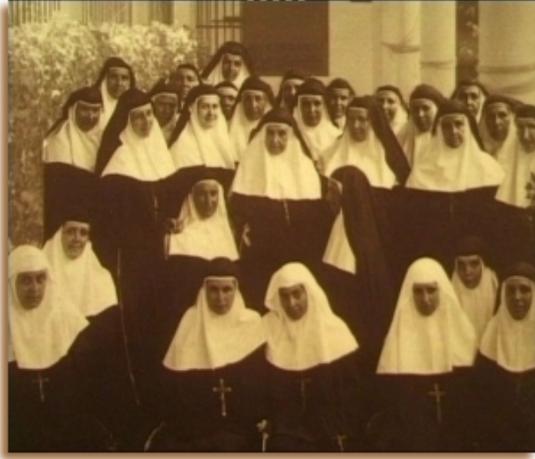
Dirección del Convento: C/ Santa Ángela de la Cruz, 4. - 41003 Sevilla



Y así es.

Las Hermanas de la Cruz, hijas de tan buena Madre, procuran ajustar en el tiempo

Las Hermanas de la Compañía de la Cruz continúan la Obra de Madre Angelita



Reunió a gente joven. Las entusiasmó en la entrega al servicio de los humildes, haciéndose ellas pobres con los pobres. Las **Hermanas de la Compañía de la Cruz** así se llama su obra.

Atender a los enfermos abandonados y solos: acompañándolos en sus propias casas, velándolos, curándolos, visitándolos, llevándoles el consuelo de alguien que los quiere y se preocupa por ellos.

Ayudar a los pobres: orientándoles en sus problemas y acercándoles el consuelo de las virtudes cristianas. Ser en el mundo un testimonio de desprendimiento, de pobreza, de humildad, que llame un poco la atención entre tanto egoísmo, lujo y despilfarro.

Proteger y enseñar a la niñez abandonada: crearles un ambiente donde crezcan con alegría y esperanza.

Tarea urgente que ocupa a las Hermanas de la Cruz.



Servir a los Pobres exige un buen temple de virtud



La vocación de caridad con los hermanos necesitados pide ser atrevidas.

Sobre todo pide:

a) Un seguimiento enamorado de Jesucristo y su evangelio. No se entiende la entrega de Sor Ángela sino por esto:

"Tú eres la vida de mi vida, el alma de mi alma, la alegría de mis alegrías, el gozo de mi gozo. Tú eres mi todo. Tú eres mi gloria".

(Escritos íntimos, p. 260)

b) Una constante renuncia al propio yo.

"Nuestro país es la cruz, en la cruz voluntariamente nos hemos establecido y fuera de la cruz somos forasteras" (Santa Ángela, Carta 19-2-1885)

(Santa Ángela, Carta 19-2-1885)

c) Una vida de auténtica pobreza, que te deja libre de todo para entregarte a todos.

"La pobreza, llevada a su mayor perfección, pone al alma en una desnudez tan completa de lo terreno, que parece que no toca con los pies a la tierra". (Santa Ángela, Carta anual 1916)

(Santa Ángela, Carta anual 1916)



Para tareas grandes, Dios sigue llamando

La vocación - la llamada de Dios - nos busca por los caminos más normales de la vida.

Se sirve de nuestra experiencia, de los ejemplos que vemos, de los sucesos que presenciamos.

Cuando vemos tantos hermanos necesitados, sentimos la invitación de Dios:

"Pasando Jesús junto al lago de Galilea, vio a Simón y a su hermano Andrés que estaban echando las redes en el lago, pues eran pescadores. Jesús les dijo: SEGUIDME".

(Marcos 1,16-17)

Y es la hora de planteárselo con sinceridad y responder con valentía:

«Ellos dejaron inmediatamente las redes y lo siguieron»



Misa de Beatificación de Sor Ángela de la Cruz

HOMILÍA DE JUAN PABLO II

Sevilla, 5 de noviembre de 1982

Señor Cardenal, Hermanos en el Episcopado, queridos hermanos y hermanas:

1. Hoy tengo la dicha de encontrarme por vez primera bajo el cielo de Andalucía; esta región hermosa, la más extensa y poblada de España, centro de una de las más antiguas culturas de Europa. Aquí se dieron cita múltiples civilizaciones que configuraron las peculiares notas características del hombre andaluz.



Vosotros disteis al Imperio romano emperadores, filósofos y poetas; ocho siglos de presencia árabe os afinaron la sensibilidad poética y artística; aquí se forjó la unidad nacional; de las costas cercanas a este "Guadalquivir sonoro" partió la formidable hazaña del descubrimiento del Nuevo Mundo y la expedición de Magallanes y Encano hasta Filipinas.

Conozco el origen apostólico del cristianismo de la Bética, fecundado por vuestros Santos: Isidoro y Leandro, Fernando y Juan de Ribera, Juan de Dios y el beato Juan Grande, Juan de Ávila y Diego José de Cádiz, Francisco Solano, Rafaela María, el venerable Miguel de Mañara y otras muchas figuras insignes.

El recuerdo cariñoso de tanta riqueza histórica y espiritual, es mi mejor saludo a vuestro pueblo, a vuestro nuevo arzobispo, a los

Pastores presentes y a todos los españoles, especialmente a los venidos de Canarias; pero, son sobre todo la voz prestada a quien tanto ha dado a vuestras gentes: a mi queridísimo hermano y vuestro amado cardenal que nos acompaña.

2. En este marco sevillano, envuelto como vuestros patios por la "fragancia rural" de Andalucía, vengo a encontrar a las gentes del campo de España. Y lo hago poniendo ante su vista una humilde hija del pueblo, tan cercana a este ambiente por su origen y su obra. Por eso he querido dejaros un regalo precioso, glorificando aquí a sor Ángela de la Cruz.

Hemos oído las palabras del Profeta Isaías que invita a partir el pan con el hambriento, albergar al pobre, vestir al desnudo, y no volver el rostro ante el hermano, porque "cuando des tu pan al hambriento y sacies el alma indigente, brillará tu luz en la oscuridad, y tus tinieblas serán cual mediodía".



Parecería que las palabras del Profeta se refieren directamente a sor Ángela de la Cruz: cuando ejercita heroicamente la caridad con los necesitados de pan, de vestido, de amor; y cuando, como sucede hoy, ese ejercicio heroico de la caridad hace brillar su luz en los altares, como ejemplo para todos los cristianos.

Sé que la nueva Beata es considerada un tesoro común de todos los andaluces, por encima de cualquier división social, económica, política. Su secreto, la raíz de donde nacen sus ejemplares actos de amor, está expresado en las palabras del Evangelio que acabamos de escuchar: "El que quiera salvar su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la hallará".

Ella se llamaba Ángela de la Cruz. Como si quisiera decir que, según las palabras de Cristo, ha tomado su cruz para seguirlo. La nueva Beata entendió perfectamente esta ciencia de la cruz, y la expuso a sus hijas con una imagen de gran fuerza plástica. Imagina que sobre el monte Calvario existe, junto al Señor clavado en la cruz, otra cruz "a la misma altura, no a la mano derecha ni a la izquierda, sino enfrente y muy cerca". Esta cruz vacía la quieren ocupar sor Ángela y sus hermanas, que desean "verse crucificadas frente al Señor", con "pobreza, desprendimiento y santa humildad".

Unidas al sacrificio de Cristo, sor Ángela y sus hermanas podrán realizar el testimonio del amor a los necesitados.

En efecto, la renuncia de los bienes terrenos y la distancia de cualquier interés personal, colocó a sor Ángela en aquella actitud ideal de servicio que gráficamente define llamándose "expropiada para utilidad pública". De algún modo pertenece ya a los demás, como Cristo nuestro Hermano.

La existencia austera, crucificada, de las Hermanas de la Cruz, nace también de su unión al misterio redentor de Jesucristo. No pretenden dejarse morir variamente de hambre o de frío; son testigos del Señor, por nosotros muerto y resucitado. Así el misterio cristiano se cumple perfectamente en sor Ángela de la Cruz, que aparece "inmersa en alegría pascual". Esa alegría dejada como testamento a sus hijas y que todos admiráis en ellas. Porque la penitencia es ejercida como renuncia del propio placer, para estar disponibles al servicio del prójimo; ello supone una gran reserva de fe, para inmolarse sonriendo, sin pasar factura, quitando importancia al sacrificio propio.

3. Sor Ángela de la Cruz, fiel al ejemplo de pobreza de Cristo, puso su instituto al servicio de los pobres más pobres, los desheredados, los marginados. Quiso que la Compañía de la Cruz estuviera instalada "dentro de la pobreza", no ayudando desde fuera, sino viviendo las condiciones existenciales propias de los pobres. Sor Ángela piensa que ella y sus hijas pertenecen a la clase de los trabajadores, de los humildes, de los necesitados, "son mendigas que todo lo reciben de limosna".

La pobreza de la Compañía de la Cruz no es puramente contemplativa, les sirve a las hermanas de plataforma dinámica para un trabajo asistencial con trabajadores, familias sin techo, enfermos, pobres de solemnidad, pobres vergonzantes, niñas huérfanas o sin escuela, adultas analfabetas. A cada persona intentan proporcionarle lo que necesite: dinero, casa, instrucción, vestidos, medicinas; y todo, siempre, servido con amor. Los medios que utilizan son un trabajo personal, y pedir limosna a quienes puedan darla.

De este modo, sor Ángela estableció un vínculo, un puente desde los necesitados a los poderosos, de los pobres a los ricos. Evidentemente, ella no puede resolver los conflictos políticos ni los desequilibrios económicos. Su tarea significa una "caridad de urgencia", por encima de toda división, llevando ayuda a quien la necesite. Pide en nombre de Cristo, y da en nombre de Cristo.

La suya es aquella caridad cantada por el Apóstol Pablo en su primera Carta a los Corintios: "Paciente, benigna..., no busca lo suyo, no se irrita, no piensa mal...; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera".

4. Esta acción testimonial y caritativa de sor Ángela ejerció una influencia benéfica más allá de la periferia de las grandes capitales, y se difundió inmediatamente por el ámbito rural. No podía ser menos, ya que a lo largo del último tercio del siglo XIX, cuando sor Ángela funda su instituto, la región andaluza ha visto fracasar sus conatos de industrialización y queda sujeta a modos de vida mayoritariamente rurales.

Muchos hombres y mujeres del campo acuden sin éxito a la ciudad, buscando un puesto de trabajo estable y bien remunerado. La misma sor Ángela es hija de padre y madre venidos a Sevilla desde pueblos pequeños, para establecerse en la ciudad. Aquí trabajará durante unos años en un taller de zapatería.



También la Compañía de la Cruz se nutre mayoritariamente de mujeres vinculadas a familias campesinas, en sintonía perfecta con la sencilla gente del pueblo, y conserva los rasgos característicos de origen. Sus conventos son pobrecitos, pero muy limpios; y están amueblados con los útiles característicos de las viviendas humildes de los labriegos.

En vida de la Fundadora, las Hermanas abren casa en nueve pueblos de la provincia de Sevilla, cuatro en la de Huelva, tres en Jaén, dos en Málaga y una en Cádiz. Y su acción en la periferia de las capitales se despliega entre familias campesinas frecuentemente recién venidas del campo y asentadas en habitaciones miserables, sin los imprescindibles medios para afrontar una enfermedad, el paro, o la escasez de alimentos y de ropa.

5. Hoy, el mundo rural de sor Ángela de la Cruz ha presenciado la transformación de las sociedades agrarias en sociedades industriales, a veces con un éxito impresionante. Pero este atractivo del horizonte industrial, ha provocado de rechazo un cierto desprecio hacia el campo, "hasta el punto de crear entre los hombres de la agricultura el sentimiento de ser socialmente unos marginados, y acelerar en ellos el fenómeno de la fuga masiva del campo a la ciudad, desgraciadamente hacia condiciones de vida todavía más deshumanizadoras".

Tal menosprecio parte de presupuestos falsos, ya que tantos engranajes de la economía mundial continúan pendientes del sector agrario, "que ofrece a la sociedad los bienes necesarios para el sustento diario".

En esa línea de defensa del hombre del campo, la Iglesia contemporánea anuncia a los hombres de hoy las exigencias de la doctrina sobre la justicia social, tanto en lo referente a

los problemas del campo como al trabajo de la tierra: el mensaje de justicia del Evangelio que arranca de los Profetas del Antiguo Testamento. El Profeta Isaías nos lo recordaba hace algunos momentos: si partes tu pan con el hambriento, "entonces brotará tu luz como la aurora ... e irá delante de ti tu justicia".

Llamada actual entonces y hoy, porque la justicia y el amor al prójimo son siempre actuales.

A lo largo del siglo XX, el campo ha cambiado, por fortuna, algunas condiciones que lo hacían inhumano: salarios bajísimos, viviendas míseras, niños sin escuela, propiedad consolidada en pocas manos, extensiones poco o mal explotadas, falta de seguros que ofrecieran un mínimo de serenidad frente al futuro.



La evolución social y laboral ha mejorado sin duda este panorama tristísimo, en el mundo entero y en España. Pero el campo continúa siendo la cenicienta del desarrollo económico. Por eso los poderes públicos deben afrontar los urgentes problemas del sector agrario. Reajustando debidamente costos y precios que lo hagan rentable; dotándolo de industrias subsidiarias y de transformación que lo liberen de la angustiada plaga del paro y de la forzosa emigración que afecta a tantos queridos hijos de esta y de otras tierras de España; racionalizando la comercialización de los productos agrarios, y procurando a las familias campesinas, sobre todo a los jóvenes, condiciones de vida que los estimulen a considerarse trabajadores tan dignos como los integrados en la industria.

Ojalá las próximas etapas de vuestra vida pública logren avanzar en esa dirección,

alejándose de fáciles demagogias que aturden al pueblo sin resolver sus problemas, y convocando a todos los hombres de buena voluntad para coordinar esfuerzos en programas técnicos y eficaces.

6. Para progresar en ese camino es necesario que la fuerza espiritual y amor al hombre que animó a sor Ángela de la Cruz; que esa caridad que nunca tendrá fin, informe la vida humana y religiosa de todo cristiano.

Sé que Andalucía nutre las raíces culturales y religiosas de su pueblo, gracias a un depósito tradicional pasado de padres a hijos. Todo el mundo admira las hermosas expresiones piadosas o festivas que el pueblo andaluz ha creado para vestir plásticamente sus sentimientos religiosos. Por otra parte, las cofradías y hermandades creadas a lo largo de siglos, han obtenido influencia en el cuerpo social.

Esa religiosidad popular debe ser respetada y cultivada, como una forma de compromiso cristiano con las exigencias fundamentales del mensaje evangélico; integrando la acción de las hermandades en la pastoral renovada del Concilio Vaticano II, purificándolas de reservas ante el ministerio sacerdotal y alejándolas de cualquier tensión interesada o partidista. De este modo, esa religiosidad purificada podrá ser un válido camino hacia la plenitud de salvación en Cristo, como dije a vuestros Pastores.

7. Queridos andaluces y españoles todos: La figura de la nueva Beata se alza ante nosotros con toda su ejemplaridad y cercanía al hombre, sobre todo al humilde y del mundo rural. Su ejemplo es una prueba permanente de esa caridad que no pasa.



Ella sigue presente entre sus gentes con el testimonio de su amor. De ese amor que es su tesoro en la eterna comunión de los Santos, que se realiza por el amor y en el amor.

El Papa que ha beatificado hoy a sor Ángela de la Cruz, confirma en nombre de la Iglesia la respuesta de amor fiel que ella dio a Cristo. Y a la vez se hace eco de la respuesta que Cristo mismo da a la vida de su sierva: "El Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre, con sus ángeles, y entonces dará a cada uno según sus obras".

Hoy veneramos este misterio de la venida de Cristo, que premia a sor Ángela "según sus obras".



Actos en Acción de Gracias por la Canonización

El Domingo 4 de mayo de 2003, Su Santidad el Papa Juan Pablo II, proclamaba la Santidad de Sor Ángela de la Cruz. A partir del día 7 al 11 de Mayo se iniciaban una serie de actos en Acción de Gracias por la Canonización.



El día 7 se iniciaba el traslado del cuerpo incorrupto de Sor Ángela desde el Convento de las Hermanas de la Cruz a la Catedral. Precedía la cruz parroquial de la de San Pedro acompañada de ciriales. Le Seguían las novicias de la Compañía de la Cruz. Dieciséis Hermanas profesas portaron a hombros el cuerpo de la Santa en urna y andas mandadas construir al efecto por el Excmo. Cabildo de la Catedral. Le seguían luego las Hermanas de la Cruz profesas, otras religiosas y religiosos y el clero secular.

El traslado se realizó en silencio, con el único sonido de las oraciones e himnos que iniciaban las Hermanas de la Cruz.

Durante el trayecto hasta la Catedral se produjeron 12 relevos en los portadores de las andas, en el que participaron 200 personas, pertenecientes a las mismas Hermanas de la Cruz, fieles de las parroquias de Sevilla, miembros de Hermandades de la Diócesis y devotos de Sor Ángela de otras diócesis. El mismo sistema se utilizó en el trayecto de vuelta el domingo día 11. La designación y acreditación de los 400 portadores fué realizada en coordinación con las Hermanas de la Cruz, las Parroquias, los

Consejos Locales de Hermandades y Delegaciones de otras diócesis.

El itinerario fué el siguiente: Sor Ángela de la Cruz, Alcázares, Plaza de la Encarnación, Laraña, Cuna, Plaza de El Salvador, Entrecárceles, Plaza de San Francisco, Hernando Colón, Alemanes, Placentines, Plaza de la Virgen de los Reyes, Puerta de Palos.



A

la llegada a la Catedral el cuerpo de Sor Ángela fué recibido por el Sr. Arzobispo de Sevilla y el Cabildo de Canónigos que se hicieron cargo de su custodia.

Durante los días que el cuerpo de la Santa permaneció en la Catedral, fué visitada por miles de devotos que esperaban largas colas a la entrada de la Puerta de la Concepción en el Patio de los Naranjos.

Los Actos que tuvieron lugar en el Altar del Jubileo fueron los siguientes:

- Encuentro de Religiosos y Religiosas con Sor Ángela.
- Encuentro de los Niños con Sor Ángela.
- Encuentro de los Jóvenes con Sor Ángela.
- Homenaje de las Hermandades y Cofradías a Sor Ángela.
- Misa Pontifical presidida por S.E.R. Mons. Carlos Amigo Vallejo. Arzobispo de Sevilla.
- Baile de Seises.

El día 11 de Mayo se iniciaba el traslado del cuerpo incorrupto de Sor Ángela a su Convento, saliendo por la Puerta de las Asunción de la Catedral. El itinerario fué el siguiente: Avenida de la Constitución, Plaza

de San Francisco, Sierpes, Plaza de la Campana, Martín Villa, Plaza de Villasís, Laraña, Plaza de la Encarnación, Imagen, Sor Ángela de la Cruz.



Bendición del Relicario de la Nueva Santa



En la Eucaristía que celebra el Papa en las canonizaciones, se utilizan unas urnas-relicarios con reliquias de los nuevos santos. También es costumbre que los postuladores de cada santo ofrenden al Papa algún regalo especial como agradecimiento por la canonización.

En el caso de las Hermanas de la Cruz se utiliza un relicario realizado por artistas de Roma y se ofrenda al Santo Padre un cáliz, un copón y un crucifijo realizados por los Talleres de Arte Granda, de Madrid.

Tanto el relicario como las ofrendas han sido bendecidas por el Sr. Arzobispo el Domingo de Ramos en la Iglesia de San Juan de la

Palma. El lugar se ha elegido teniendo en cuenta la devoción que Sor Ángela profesaba a la Virgen de la Amargura.



Durante la Vigilia pascual del Santo Padre con los Jóvenes, la Hermana Ruth de Jesús, del Instituto de las Hermanas de la Cruz, ha pedido el compromiso de los jóvenes

Querido Santo Padre:

Soy la hermana Ruth de Jesús. Tengo 28 años. Pertenezco al Instituto de Hermanas de la Cruz fundado por la beata Angela de la Cruz que mañana canonizará vuestra santidad. Ingresé en él a los 20 años.

Aunque soy juniora de votos temporales, estoy comprometida con Jesús para siempre con un amor indiviso en una vida de oración y de servicio a los más pobres, enfermos y abandonados en sus propios domicilios. Les lavo la ropa, les arreglo la casa, hago la comida, curo sus llagas, los velo por las noches y, lo más importante, les doy todo el amor que necesitan porque en la oración Jesús me lo regala. Dios es amor, y yo se lo devuelvo amando a los pobres, entregándoles mi juventud y mi vida entera.

Antes de ingresar en el Instituto llevaba una vida normal. Me gustaba la música, las cosas bellas, el arte, la amistad, la aventura. Había soñado muchas veces con mi futuro, pero un día vi por la calle a dos hermanas que me llamaron la atención por su recogimiento, su paso ligero y la paz de su semblante. Eran jóvenes como yo. Me sentí vacía y en mi interior oí una voz que me decía: «¿Qué haces con tu vida?» Quise justificarme: «Estudio, saco buenas notas, tengo muchos amigos». Me quedé mirándolas hasta que desaparecieron de mi vista mientras yo me preguntaba: ¿Quiénes son? ¿Adónde van?

Como Nicodemo, invité a Jesús en la noche de mi inquieto corazón y en la oración entré en diálogo con Él. Con Él, sentí la llamada de

tantos hermanos que me pedían mi tiempo, mi juventud, el amor que había recibido del Señor. Y busqué. Y me encontré con la mujer que estaba más cerca del misterio de la cruz de Jesús junto a María, sor Ángela de la Cruz. Ella se había configurado tanto con la cruz de Jesús que se hizo amor para los pobres que sufren. Me cautivó y quise ser de las suyas. Y aquí estoy, Santidad, consciente de lo que he dejado.

He dejado todo lo que los jóvenes que están con nosotros esta tarde poseen: la libertad, el dinero, un futuro tal vez brillante, el amor humano, quizá unos hijos. Todo lo he dejado por Jesucristo, que cautivó mi corazón para hacer presente el amor de Dios a los más débiles en mi pobre naturaleza de barro.

Tengo que confesarle, Santidad, que soy muy feliz y que no me cambio por nada ni por nadie. Vivo en la confianza de que quien me llamó a ser testigo me acompaña con su gracia.

Gracias, Santo Padre, por su vida entregada sin reservas como testigo fiel del evangelio, por fortalecer nuestra fe, avivar nuestra esperanza y abrir nuestro corazón al amor ardiente del que sabe perder su vida para que los demás la ganen.

Gracias, Santo Padre, por su vida, que a muchos de nosotros nos ha marcado.

Gracias por venir a decirnos a los jóvenes de España que el mundo necesita testigos vivos del Evangelio, que cada uno de nosotros podemos ser uno de esos valientes que se arriesguen a construir la nueva civilización del amor, porque lo que nosotros no hagamos por los pobres, contemplando en ellos el rostro de Cristo se quedará sin hacer.

Gracias de nuevo, Santo Padre.

Oración a Santa Ángela de la Cruz



Dios de toda bondad, que iluminaste a Santa Ángela virgen, con la sabiduría de la cruz, para que reconociese a tu Hijo Jesucristo en los pobres y enfermos abandonados, y los sirviese como humilde esclava, concédenos la gracia que te pedimos por su intercesión, en esta novena.

Así también, inspira en nosotros el deseo de seguir su ejemplo, abrazando cada día nuestra propia cruz, en unión con Cristo crucificado y sirviendo a nuestros hermanos con amor. Te lo pedimos por el mismo Jesucristo, Hijo tuyo y Señor nuestro.

Amén.

Padrenuestro, Avemaría, Gloria ...

Santa Ángela de la Cruz, Ruega por nosotros.



Himno a Sor Ángela de la Cruz

ERES DE TODOS

I

Contigo camina el pueblo unido,
buscando otros caminos
que te lleven a la paz,
contigo Sor Ángela en Sevilla,
se vio la maravilla
de darse a los demás.

Estribillo

Eres del pueblo,
y al pueblo tú le das;
eres de todos,
y del que sufre más.
Hoy desde el cielo,
no dejes de mirar,
a tu Sevilla
Sor Ángela

II

Hacerte pobre con los pobres,
llevándolos a Cristo
sería tu ideal,
tu vida nos llena de esperanza,
nos habla de otra vida
de amor y de unidad.

III

Te acercas a todos los que sufren,
curando sus heridas
llevándoles la paz,
te acercas al niño y al anciano,
y al joven que desea
vivir en la verdad.

